

había que considerar el impacto de la rebelión cristera en 1926, y de las políticas jacobinas de distintos gobernadores en el país durante los años veinte y treinta. Todo ello era material suficiente para hacerse una idea de las posibilidades de que los grupos católicos no hubieran dejado su actividad así nada más, sin definición ni en la vida política en la ciudad de México ni en la vida política nacional y, mucho menos, en la vida política de la institución universitaria.

Por otra parte, había que tener en cuenta la propia dinámica de la Universidad Nacional Autónoma de México que, tras una intensa movilización estudiantil, obtuvo su Autonomía en 1929 y que refrendaría su defensa de esta condición autónoma en 1933, ante la posibilidad de que la Universidad tuviese que asumir el proyecto de educación socialista. Entonces, tras una fuerte crisis interna y ante un prolongado enfrentamiento con el gobierno federal, la Universidad perdió su carácter Nacional, como veremos más adelante.

Pero esto sólo era parte de mis suposiciones y no llegaba a la esencia del problema ¿Quiénes eran estos Conejos y cuáles habían sido sus actividades en la UNAM? Una vez más, sin embargo, tuve que centrarme en mi línea de investigación biográfica: la del ex rector Rodolfo Brito Foucher.

Al establecer contacto con José Álvarez Icaza mi interés fundamental radicaba en comprender cómo era que Brito Foucher había llegado a la rectoría, qué pensaba de él y cuál era su versión sobre la estrepitosa salida del rector en julio de 1944. Le hice saber mi interés sobre el grupo de Los Conejos, cómo estaban organizados, quería saber si realmente eran católicos, qué actividades desarrollaban, cuáles eran sus vínculos, quiénes eran los dirigentes.

Las referencias al periodo, a las actividades del rector Brito, la presencia de los jóvenes de la Federación Estudiantil y las pugnas por la presidencia de la Confederación Nacional de Estudiantes fueron revelaciones muy importantes

en esta conversación. Asimismo, me habló sobre Brito, su carácter, la admiración que le tenían y la manera en que se fue desmadejando su permanencia en la Universidad. Álvarez Icaza había resultado un extraordinario conversador y, en más de una ocasión los papeles se habían invertido: él había terminado haciéndome preguntas, llevándome hacia reflexiones de aquellos tiempos políticos, de las posibilidades de los opositores, y sobre los jacobinos del régimen cardenista.

Sin embargo, cuando terminó la conversación me quedé con la idea de que mi entrevistado había sido lo suficientemente discreto como para decir sin revelar. Es decir, me había dado datos, algunos nombres, ciertas fechas, pero yo no lograba hilvanarlos.

Toda esta información se iría revelando muy paulatinamente, conforme revisara de nuevo el archivo de Brito Foucher y continuara con las entrevistas y la búsqueda en los textos. El tema de los grupos católicos en la Universidad podía plantearse como problema de investigación.

Sabía que en 1933 había empezado este periodo de crisis en la Universidad conocido como “los años católicos”, y que en 1944 se había dado por concluido pero ahora se trataba de estudiar y comprender cuáles habían sido las actividades de los universitarios en la institución durante esos años. ¿Qué tan católicos eran? ¿Todos los que permanecieron resistiendo el proyecto de educación socialista eran católicos? ¿Cuál era su proyecto, cómo pensaban llevarlo a cabo, con qué recursos contaban? ¿Los grupos católicos como Acción Católica Mexicana estaban involucrados? ¿Había otros grupos? ¿Cuándo había empezado a intensificarse la actividad de los grupos católicos dentro de la Universidad? ¿Quiénes eran Los Conejos?

Acudí al Centro de Estudios sobre la Universidad, encontré que en el Archivo Histórico de la UNAM no existía suficiente información sobre el periodo en que la Universidad había dejado de ser Nacional por rehusar a incorporarse al proyecto de educación socialista.

Ahí encontré algunas carpetas relacionadas con distintas cuestiones administrativas; no encontré entonces suficientes datos de todas las escuelas e institutos existentes para ese periodo; aunque sí encontré informes sobre algunos profesores, directores y algunas cartas de ciertos rectores.

Busqué y revisé los ejemplares de lo que fue la *Revista de la Universidad*, dirigida por Salvador Azuela y algunos otros expedientes en los que se veía la relación entre la Universidad y el gobierno federal. Aun con tan escasa información podía verse una intensa actividad en la Universidad en esos años. Entonces, ¿por qué los autores de textos sobre historia de la Universidad le dedicaban tan poco espacio? ¿Cuánto pesaba el hecho de que hubiesen existido grupos católicos en la institución universitaria, a grado tal de no narrar esa historia?

Por ejemplo, Jesús Silva Herzog, quien participara dentro de la institución en aquellos años, refiere las vicisitudes de los primeros dos años de la etapa que él llama “La Plena Autonomía Universitaria”, destaca la difícil situación financiera universitaria, rápidamente enuncia a los rectores de este período hasta la renuncia de Brito y, sin más, pasa a informarnos cómo fue el proceso de selección de Antonio Caso y del anteproyecto de Ley Orgánica, en 1945. Para Gilberto Guevara Niebla, que se ocupa de las organizaciones estudiantiles, en breve señala que es un periodo oscuro, conservador, proclive al catolicismo. Por su parte, Salvador Martínez della Rocca analiza los pormenores del principio opositor al proyecto de educación socialista, enfatiza en el debate Lombardo-Caso y posteriormente analiza el contexto educativo nacional, incluyendo el desarrollo del proyecto del Instituto Politécnico Nacional, pero no refiere lo sucedido dentro de la UNAM durante esos once años. Otros autores, como Baltasar Oromundo o Ciriaco Pacheco Calvo se concentraron en los detalles de la autonomía de 1929, desde la perspectiva de los estudiantes, los congresos y las organizaciones.

Algunos textos que no siguen esta pauta son, primero, el de Alejandro Gómez Arias, que se-

ñala a los años treinta como el periodo más vivo y creativo de la Universidad, aunque se cuida de profundizar en la información sobre los católicos. La lectura de sus artículos me reveló información importante para seguir sobre la línea de análisis que destaca el crecimiento de la institución en esos años, la heterogeneidad de los grupos, las pugnas internas, la lucha por el subsidio, entre otras cosas. Por su parte, Luis Calderón Vega se ocupa más de los jóvenes católicos, aquellos militantes de la Acción Católica Mexicana, esto es, los pertenecientes a la UNEC.

Autores más recientes que sí tocan el tema del conflicto Estado-Iglesia, son –entre otros– Guillermo Villaseñor, sobre las relaciones entre el Estado y la Iglesia, aunque también concluye en 1934; el de Alicia Gómez Mont, con la biografía de Gómez Morin, simplemente complementó algunos datos sobre el inicio de este periodo autónomo, aunque cabe señalar que la gran cantidad de información sobre éste fue muy valiosa. En este mismo sentido Victoria Lamer, en su libro sobre la Educación Socialista, aporta varios elementos sobre los rectores y algunas de las actividades y conflictos universitarios en los años treinta.

De manera reciente, el IIESU ha publicado algunos libros de historia de la Universidad. Destaca el de Mendoza, J., acerca de los conflictos en la UNAM en el siglo XX en donde sitúa estos once años como un conflicto entre “la institución universitaria conservadora” y el gobierno cardenista. También consulté los textos coordinados por Renate Marsiske, pero aunque las líneas de análisis que establece son relevantes para comprender los procesos internos de la Universidad, la composición estudiantil y la relevancia de su posición social para el desarrollo de ciertas tendencias académicas dentro de la institución, no había un estudio particular sobre la importancia de los grupos conservadores y de algunos católicos dentro de la UNAM.

Sobre la UNEC, el artículo de Bernardo Barranco¹ fue muy importante para comprender

¹ Bernardo Barranco: “Las generaciones de la UNEC tendrán otro frente interno: se enfrentarán a la eclesialidad de la resistencia imperante en los obispos y la ACM. La

parte de las interrogantes que me había planteado sobre los estudiantes católicos y ahí fue donde por primera vez encontré una referencia a Los Conejos, convencida ya de que la mayoría de los trabajos históricos sobre la UNAM simplemente se ocupaban de etiquetar estos años, de 1933 a 1944, como el “período católico”.

La lectura de estos textos me condujo a nuevos planteamientos que no coincidían con algunas apreciaciones. Para empezar había que revisar cuáles eran las tendencias dominantes entre los universitarios que se opusieron al proyecto de educación socialista; cuáles eran las líneas de organización entre los profesores; y era relevante aclarar la combinación de circunstancias, personajes y condiciones políticas que habían llevado a la autonomía total en 1933 pues de esta manera se derrumbaba parte central de algunas referencias bibliográficas y periodísticas que señalaban a todos estos personajes universitarios como anticardenistas y católicos.

Por otra parte, era necesario estudiar cómo, en estos once años, habían modificado las reglas y funcionamiento de los distintos Consejos, Academias de Profesores, Mesas Estudiantiles, etcétera. Además, si ya tenía los datos de los apuros financieros de la institución, había que conocer cómo es que habían conseguido sostenerse, aumentar la matrícula y crecer en espacio físicos; quiénes habían sido consejeros, quiénes directores, etcétera.

Otro punto importante era comprender cuáles habían sido las formas de organización de los estudiantes y a partir de ahí, estudiar la Federación de Estudiantes Universitarios, la Unión Nacional de Estudiantes Católicos y, por supuesto, a Los Conejos.

Había que establecer vínculos entre todo lo concerniente al funcionamiento interno de la

Universidad en relación con el contexto nacional: ¿qué sucedía en esos años con otras instituciones de educación superior en provincia?, ¿cuál fue la postura del gobierno cardenista hacia los universitarios?, ¿fue siempre igual?

Finalmente, había que revisar las relaciones entre la Iglesia y el gobierno cardenista pues eso daría pautas de análisis que al final me permitieron comprender desde otra perspectiva las relaciones entre el gobierno y la UNAM en esos años.

Debido a las condiciones de la información bibliográfica, seguí buscando en otros archivos. Primero el de Acción Católica, que se encuentra en la Universidad Iberoamericana, en donde encontré informes de los congresos estudiantiles en donde habían participado los dirigentes católicos de la Federación Estudiantil Universitaria, documentos con los que complementaba con aquellos encontrados en el Archivo Brito Foucher y algunos datos, que tras más lecturas y reflexión, comprendí me había proporcionado Álvarez Icaza. Posteriormente, en el Archivo Histórico del Consejo Universitario de la UNAM, revisé las actas del Consejo Universitario de esos años, tarea fundamental para la reconstrucción cronológica, el reconocimiento de los actores y la correspondiente ubicación respecto a uno u otro grupo de directores, decanos o anteriores rectores.

Establecí un cuadro de relaciones entre los personajes que habían ocupado diversos cargos dentro de la institución universitaria con líneas para el análisis de la conformación de grupos, apoyos y contrapesos manifiestos al interior de los Consejos o como soporte de los distintos rectores de estos años. La cantidad de consejeros católicos era mucho más de la esperada, los debates intensos e interesante. De manera simultánea continué con las entrevistas y así fue armándose todo el proyecto.

Los primeros hallazgos mostraron un grupo heterogéneo con un proyecto universitario que privilegiaba la academia sobre la política, dispuesta

UNEC será infiltrada por grupos como los Conejos y por los temibles ‘Tecos’, lo cual demuestra su importancia tanto por el poder real que detentaba en la universidad como por la potencial influencia en el interior de la propia iglesia”. Bernardo Barranco, “Iberoamericanidad de la Unión Nacional de Estudiantes Católicos (UNEC) en los años treinta”, en Roberto Blancarte (comp.) *Cultura e identidad nacional*, México, FCE, 1994, pp. 188—232.

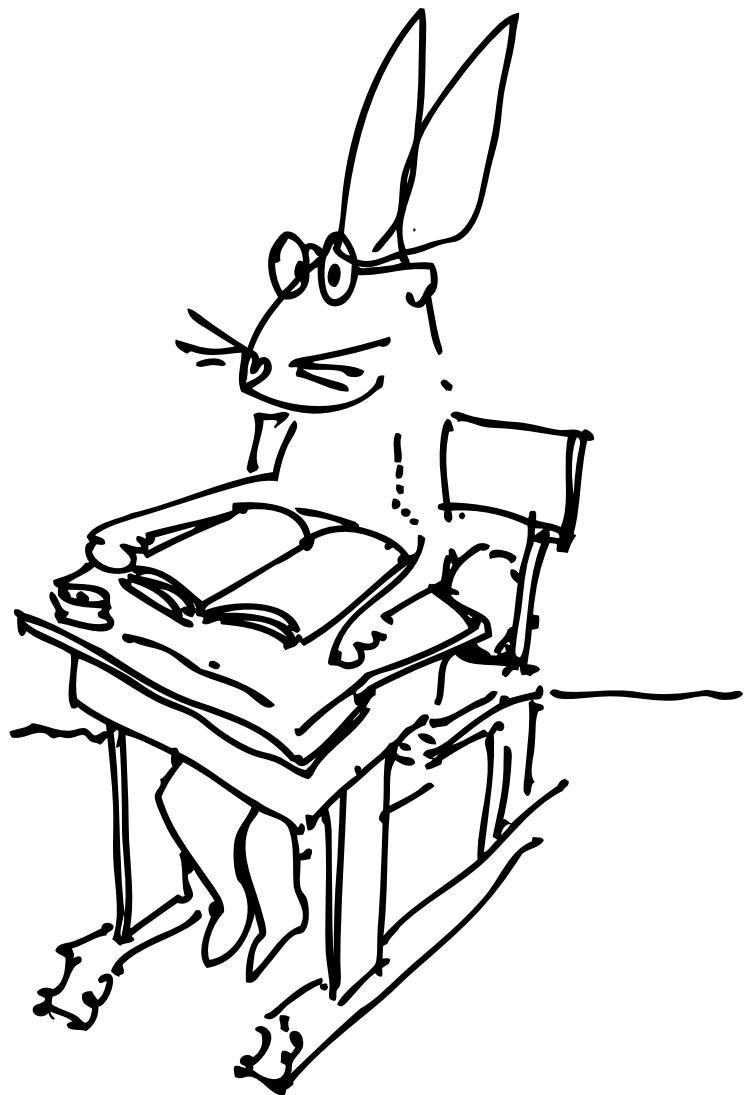
a resolver todo tipo de contratiempos y obstáculos, dispuesto a sacrificar las ganancias económicas; mostraron un proyecto universitario que se consolidó como institución, creciendo en matrícula, opciones escolares, centros de investigación, laboratorios, espacios físicos, revistas, la radio universitaria, congresos, profesores invitados. A lo largo de once años, la UNAM había persistido en su proyecto, en ocasiones incluso en contra del gobierno, con escasos ingresos o sin recursos económicos, con profesores que en más de una ocasión habían trabajado sin cobrar, con alumnos de los últimos años escolares que se incorporaban a la planta docente en los primeros niveles. Efectivamente, había toda una mística de la vida universitaria. Pero ello no implicaba que internamente no hubiese conflicto.

Considerando las posiciones en relación con el subsidio, la autonomía y la libertad de cátedra, ubiqué tres grandes tendencias entre los universitarios en este período: los estatualistas, los tradicionales y los autonomistas.

Los autonomistas, que suponían que la autoridad moral, el trabajo y la adhesión a sus propios fines eran la razón de ser de la casa de estudios. La institución debía definirse en función del debate de las ideas, por la reflexión sobre su deber y compromiso, en función de sus principios como comunidad. Como cabezas de esta tendencia se ubican Alejandro Gómez Arias, Salvador Azuela y Antonio Caso.

La posición de los tradicionales fue resultado de la combinación de elementos tradicionales con autonomistas, ocupados en conservar los fines de la Universidad como institución "independiente del poder civil". Es Manuel Gómez Morin quien encabeza esta postura.

Los estatualistas consideraban que el Estado debía definir todos los aspectos de la sociedad, entre ellos, el de la educación. Bassols y Lombardo Toledano corresponden a esta postura. Por períodos intermitentes los estudiantes de la FEU y de la Confederación Nacional



de Estudiantes pasarían de posturas autonomistas a la estatalistas y eventualmente a la tradicional.

Los católicos siempre estuvieron dentro de la Universidad pero su postura se radicalizó ante la propuesta de educación socialista. La UNEC trabajó siempre bajo la idea de que había que avanzar paulatinamente pues internamente los jesuitas no podían sostener los acuerdos sobre la politicidad de los jóvenes católicos y a veces ganaban las posiciones moderadas, que fueron las que finalmente contribuyeron a minar la capacidad de esta organización que permaneció con puestos importantes en la Confederación Nacional de Estudiantes por lo menos hasta 1935.

“En 1936 el grupo de Los Conejos empezó a tener consistencia como organización, desplegó su actividad en la Universidad rápidamente. Algunos entrevistados insistieron en señalar que su procedencia religiosa era distinta a la de los jesuitas pero diferente entre ellos: venían de colegios maristas, salesianos o lasallistas. Su actividad era prioritariamente política y ese manejo es lo que les permitió avanzar de manera tan veloz.

“Por otro lado, la organización conocida como Los Conejos, que impactó la vida política universitaria a partir del año de 1936, propósito conseguido de maneja paulatina mediante el control de las posiciones en el Consejo Universitario. En parte, la denominación de “Los Conejos” se relaciona con las características de la organización que era semi-secreta, aparentemente poco numerosa y a pesar de su intenso activismo, se les consideraba de manera peyorativa como inexpertos. Otros, menos confiados de la ingenuidad de este grupo, les nombraban de ese modo admitiendo el vínculo de éstos con la iglesia, reconociendo así la potencial importancia que podrían desarrollar.

“El grupo conocido como Los Conejos llamó mi atención por características que se le atribuía: no se sabía con exactitud quiénes eran, no tenían local, se declaraban indepen-

dientes de la jerarquía católica y habían influido de diferentes maneras en la vida universitaria a partir de 1936, hasta –por lo menos– 1948, cuando empezó a funcionar la Corporación de Estudiantes Universitarios, organización en la que participaban católicos y cuyo primer presidente fuera José Pintado Moreno.

“El otro grupo católico era el de la Unión Nacional de Estudiantes Católicos, relacionados con Acción Católica Mexicana, que era una de las organizaciones posteriores a la rebelión cristera más sólidas, vinculadas a los jesuitas. Pero este grupo no compartía la situación de secretismo y rebeldía de los Conejos; además, ante el trabajo paciente de la UNEC, que rendía cuentas de sus actos a la alta jerarquía católica, empezaron a perder espacio en la Casa de Estudios, frente a Los Conejos, generándose algunos conflictos, o por lo menos descontento, como la UNEC lo reportara en su momento a la jerarquía católica.

“Hasta donde pude saber acerca de Los Conejos, no queda claro cuántos eran en número, pero sí se han podido establecer algunas de sus líneas de acción, propósitos y vínculos con la Iglesia católica, relación que derivó en la denominación de “Los Conejos”: eran “las orejas largas y movedizas de la Iglesia”, actuaban en la Universidad sin definirse como pertenecientes a organizaciones eclesásticas pero impulsaban sus principios básicos como lo eran la moralización de la vida universitaria, la defensa de la libertad de creencias, la defensa de las tradiciones; no negaban su filiación hispanista y, a la vez, defendían la autonomía de la institución como una condición para el desarrollo del proyecto educativo de los estudios superiores.

“Por otro lado, al ser interrogados sobre el nombre de Los Conejos, los entrevistados coincidieron en señalar: Nos llamaban Los Conejos porque decían que éramos pocos, misteriosos y lo que usted está pensando.²

² Entrevista de Celia Ramírez y Gabriela Contreras con el Ing. Bernardo Pacheco, 7 de septiembre de 2001.

“Aunque no especifican quiénes les denominaban así, no es difícil establecer que precisamente fueron los autonomistas quienes les nombraron así, en particular algunas versiones señalan a los grupos cercanos a Salvador Azuela, hecho que es factible dada la posición del propio Azuela como uno de los universitarios que durante este periodo defendieron con más ahínco el proyecto de la Universidad en tanto institución que debía definirse en cuanto a sus propios principios, al margen del Estado y, por ende, de la Iglesia”.³

Efectivamente, ellos ocuparon varios puestos en el Consejo Universitario, sumados a los puestos de los jóvenes católicos –fueran o no de ACM o de la UNEC–, llegaron junto con algunos maestros y profesores a tener mayoría dentro del Consejo Universitario, por tanto, llegaron a dirigir las destinos de la Universidad durante un periodo considerable. Debe quedar claro que la presencia de estos grupos católicos no concluyó en 1945 e incluso en fechas recientes seguían activos y organizados.

Los grupos católicos no vivieron en permanente confrontación con el presidente Lázaro Cárdenas, pese a su posición proclive al franquismo, su postura hispanista y su admiración por las proclamas fascistas, como puede leerse en la revista PROA, publicación de los jóvenes de UNEC.

Los grupos católicos tampoco se confrontaron con los que en su momento fueran rectores, salvo con Brito Foucher, pero aún así, ellos se mantuvieron como fuerza política universitaria.

Aún queda mucho por trabajar sobre este tema pues en algunas universidades de provincia la tendencia tradicional-autonomista continuó adelante. Tal es el caso de la Universidad Autónoma de Guadalajara, en donde se desarrolló la organización paralela a Los Conejos, llamados Los Tecos, que también encontraron espacio en la Universidad Autónoma de Puebla.

Los Tecos, sin embargo, en la medida en que se sostuvieron, fueron extendiendo sus proyectos académicos en la región del norte del país y las actividades académicas de universidades como la Autónoma de Baja California y la de Colima, por ejemplo.

También deben incorporarse elementos del contexto nacional e internacional referentes a la política que en materia religiosa siguen las diferentes órdenes, considerando el explosivo aumento de colegios y universidades particulares. De modo que la tendencia tradicional encontró su vía de desarrollo al margen de lo que pudiese hacer a partir de la universidad pública.

Al margen de los procesos pedagógicos inherentes, este trabajo me conducía hacia el seguimiento de los debates, las ideas, la vida política interna, los proyectos, las confrontaciones entre los grupos, la consolidación de ciertas tendencias que a veces coincidían con ese entorno que era la vida política nacional.

La pertinencia y relevancia del tema residen no sólo en que es un periodo poco estudiado, sino también en la perspectiva de análisis, esto es, desde el estudio de las actividades de los grupos católicos en la UNAM. Considero que aún queda mucho por estudiar y profundizar en varios temas y aspectos particulares señalados a lo largo de esta investigación

Respecto a la condición de la Universidad como institución autónoma pero sin reconocimiento en el plano nacional queda aún mucho por discutir, pues en esos años el gobierno del presidente Abelardo L. Rodríguez negó a la institución educativa el reconocimiento del carácter que apenas veinte años antes, durante su reapertura en los festejos del Centenario de la Independencia, se le diera.

A lo largo de dos décadas los universitarios hicieron todo tipo de esfuerzos por reagrupar todos los espacios de investigación y de docencia, reordenar las líneas de acción no sólo en materia académica sino en el plano administrativo.

³ Contreras Pérez, Gabriela.



Sin duda alguna y como se ha mostrado ya en algunos trabajos de investigación recientes, el proceso por el cual se logró la refundación de la Universidad fue no sólo largo y lento, sino además implicó la separación y decantación de grupos de trabajo, la modificación de inercias de docencia, de investigación y de prácticas académicas en general. Además, aquellas dependencias que habían estado funcionando ligadas ya al Ministerio de Instrucción, ya a la Secretaría de Educación Pública tuvieron que insertarse y modificar, perder o innovar su quehacer.

Sin embargo, aunque este proceso de invención y diseño de la actividad académica

se concentrase en una sola instancia, esto es la Universidad, no se discutió entonces el alcance o la repercusión de concentrar toda la actividad académica en ella. Debe pensarse en el carácter centralista de las instituciones que se ocupaban de las tareas de investigación, difusión y, en su caso, docencia, que constituyeron la Universidad en 1910. Debe tenerse en cuenta que nunca se planteó, porque tal vez no se consideró necesario o no se previó, que fueron estas instituciones e instancias académicas a las que se les permitió trazar las líneas generales de investigación y de difusión del conocimiento a nivel nacional.

Concentrar el conocimiento en una institución y posibilitar que a partir de las actividades que en ésta se desarrollaran se fijaran las tendencias de investigación en instituciones de provincia fue una atribución que la institución universitaria pudo aprovechar para impulsar sus actividades, desarrollarse y crecer.

Así visto, en términos de conocimiento, resultaba más o menos lógico, aunque en los hechos la Secretaría de Educación Pública quedó rezagada en esta función, limitándose únicamente a la gestión administrativa y, en muy menor medida, a la gestión de las actividades relacionadas con el conocimiento en el nivel de educación básico y sólo a mediados de los años treinta se ocuparía de la educación media.

La Universidad, por su parte, llevará gran ventaja en este sentido pues, como se dijo anteriormente, entre 1910 y 1929 hubo oportunidad para ordenarse y empezar a trazar líneas de acción que influyeran en otras instituciones académicas del país, generando corrientes de pensamiento y de acción académica. En este sentido, haber ganado la Autonomía posibilitó un despliegue aún mayor de oportunidades de influencia e inserción en otros centros educativos que, sin promover su propia autonomía, sí llegaron a plantear su incorporación a la Universidad Nacional Autónoma de México. Este proceso de “incorporación” se dio sobre todo a partir del año de 1933, cuando la UNAM, ejerciendo su carácter autónomo, rechazó el modelo de educación socialista refrendando su carácter universal y diverso.

La politización que en los hechos esta postura enunciaba, llevó al intento –por parte del gobierno de Abelardo L. Rodríguez– de la institución universitaria, relevándola de la responsabilidad de tener un carácter nacional: Autónoma sí, pero no Nacional; autónoma sí, pero sin reconocimiento oficial de su posibilidad de influir en otras instituciones de educación media superior y superior del país. **B**

